
Muerte
de mi madre

ALICIA CEBOLLADA





Enfermedad y muerte de mi madre

Malas noticias

La noticia de su enfermedad me llegó como un sismo. Así de fuerte, moviendo todo y una vez que pasó ya no hay nada en su sitio y te preguntas ¿qué fué lo que pasó?.

Sonia vino al Cristo de la Paragua para presentarse con sus títeres, era octubre y yo ayudaba a organizar las fiestas patronales. Vino acompañada de Charito y me dijeron con ;a cara muy seria y muy pendientes de ver cómo lo recibía, "la yaya está enferma, tiene cáncer en el seno". Y me hablaron de una fecha cercana para su operación. Yo me quedé en silencio, tratando de entenderlo, de digerirlo, pues no lo comprendía.

Mi mamá siempre siempre fue fuerte, valiente, el pilar de la familia, la que me hacía sentir segura.

Con ella vivían mis hijas mientras estudiaban, solo a ella se me hubiera ocurrido dejárselas.

No lo podía entender.

Nunca se operó de nada durante toda su vida hasta entonces, tampoco estuvo hospitalizada, siempre en la casa valiente y de pie. Yo la creía indestructible.

De pronto en el momento que me lo dicen me vino a la mente la cercanía de mi última operación, precisamente de nódulos en los dos

senos y ella cuidándome, atendiéndome. Todos asustados esperando las biopsias y todo salió bien y ella muy contenta por el resultado y a mi lado... y mi madre era la enferma verdaderamente, no yo. Qué ironía.

Días antes

Mi cuñado la examinó ligeramente en la playa, habían ido a pasar unos días en un pueblito en la costa, y por la facilidad del traje de baño, mi mamá rompió su recato y le contó. El lo vio sospechoso y le dijo "cuando vayamos a Caracas ve a este doctor".

Ella valiente como siempre se fue sin buscar ayuda de nadie, tomó una camioneta de transporte público y fue en busca del doctor. El médico -ya avisado por mi cuñado- la atendió inmediatamente, le hizo unas radiografías computarizadas, que era lo que se hacía en aquel tiempo y la hizo aguardar los resultados en la sala de espera. Cuando el doctor ya tenía un diagnóstico seguro, la llamó de nuevo al consultorio y le dijo fríamente "-Señora usted tiene un tumor maligno". Parece que ella también se quedó, no asustada, pero sin entender del todo, a pesar de que cuando ella le pidió a su yerno que le viera lo que tenía en el seno ya había pasado por su mente esa posibilidad, "-¿Seguro doctor?" y él lo afirmó de nuevo.

Según ella nos contó después, sintió lástima de si misma inmediatamente y se sintió enferma, y con su resultado en la mano salió del consultorio e intentó buscar un taxi para regresar y de pronto se dijo: "-Vine en camioneta, estoy físicamente bien, me voy de nuevo en el mismo transporte que vine, pues no me enfermaré antes de tiempo" y así fue su regreso. Cuando llegó a casa tomó conciencia de lo que le habían diagnosticado y llamó por teléfono a sus nietas -mis hijas-, con quienes contaba y les comunicó: "-Tengo

cáncer" y las dos con esa noticia se pusieron a llorar y ella les dijo: "-No lloren, no me he muerto aun" y me imagino que después de colgar y encontrarse sola en la casa se acabó su valentía y se puso a llorar por su suerte.

Eran tiempo de menos recursos en la medicina para salvarse de un diagnóstico como ese.

Y todo esto me lo contó Sonia cuando fue al Cristo de la Paragua. Ellas no habían querido decírmelo por teléfono sino que como venían, contármelo ellas mismas.

No recuerdo mi primera noche después de esa noticia. Allí estábamos con muchas cosas que hacer y preparábamos las fiestas de los niños en esos días patronales y teníamos actividades por tres días. Cuando ellas llegaron, recuerdo mi casa con varias señoras del pueblo pues estábamos preparando las actividades para todos los niños.

En mi memoria están al día siguiente Sonia y Charito moviendo unos títeres entre los niños y yo desde una casa, ya digerida la noticia, mirándolas y llorando y presintiendo que habían llegado tiempos malos de dolor y de tristeza.

Organicé mi viaje hacia la ciudad para la operación que era en una fecha cercana y llegué directamente al Clínico la noche antes de que la operaran. Allí estaba mi hermana y desde ese momento nos organizamos para su cuidado los días posteriores.

Amparo, mi madre

Mi mamá era la penúltima de una familia de once hermanos. Uno de ellos murió muy joven, tenía una enfermedad que circunstancialmente le

daban ataques que debían ser epilépticos y por desgracia le dio uno yendo solo por el campo y cayó a una acequia de riego, nadie lo vio y en la búsqueda estuvo todo el pueblo en la noche con velas y antorchas. Lo encontraron ahogado, normalmente nadie se podía ahogar allí con facilidad, pues la acequia no contenía mucho raudal de agua, pero un niño pequeño o un adulto en circunstancias como las del hermano de mi madre lógicamente sí era posible que sucediera.

El resto de los hermanos -los varones que eran seis-, pertenecían a la banda de música del pueblo y tocaban varios instrumentos. Esta banda, igual actuaba en la iglesia en fiestas patronales que en la plaza del pueblo en las mismas fiestas, tocando pasodobles, boleros y lo que estuviera de moda para armar el baile y el festejo.

Mi mamá nos contaba de muchos momentos en la casa con tantos hermanos y con música, todo era algarabía, risas y bromas. También nos hablaba de su poco gusto para la música y los hermanos empeñados en enseñarle solfeo y ella rebelde, niña al fin, se negaba y la dejaron tranquila y sus hijas nos perdimos esa oportunidad, la de entusiasmarnos y disfrutar con la música. Fuimos una familia más bien de leer, ver teatro y otras actividades, pero la música nos fue negada, y así también se la negué yo a mis hijas. No era mi prioridad ni mi disfrute. Mala suerte.

Fui necia de no interesarme más por cuentos de todos ellos, solo recuerdo algunos, pero ellos debieron ser un grupo de jóvenes divertidos, pues aun teniendo un padre algo severo se permitían estas oportunidades, hasta por la cantidad de hermanos que eran.

Hay una situación muy divertida con Fermín, uno de los más pequeños. Venían unas fiestas importantes en Teruel, la ciudad más cercana y él quería ir. Pedir permiso no era una opción pues sabía que le sería negado, y el padre alardeaba que él siempre sabía dónde estaban sus hijos. Entonces Fermín preparó su equipaje en silencio, compró su boleto de tren y cuando ya era la hora de ir a la estación, salió

sigilosamente de la casa y desde la puerta gritó: "-Padre, me voy a Teruel a pasar las fiestas" y se fue corriendo a la estación para que nada lo detuviera. Y lo logró. Fermín padre montó en cólera, y reunió a los demás hermanos, pero aparentemente nadie lo sabía y si acaso alguien conocía el secreto, se lo guardó para siempre. Cuando regresó, después de una semana, ya el padre estaba más calmado, además sabía donde se encontraba su hijo y el castigo no fue tan grande pues se suavizó con el tiempo. Quizás hasta a Fermín padre le hizo gracia la audacia de su hijo, pero la sangre no llegó al río y mi tío por su audacia disfrutó de unas fiestas que todos los demás envidiaban pero que nunca hubieran sido capaces de hacer.

Visitación, mi abuela

Ellos residían en un pequeño pueblo de la provincia de Teruel que vivía de la agricultura, pero mi abuelo Fermín era el carpintero del pueblo y de ese trabajo se alimentaba toda la familia, mi abuela Visitación cuidaba de la prole, que por cierto, era bien grande.

Me contaba mi mamá que su padre era un poco mayor que su madre y la pidió siendo ella una adolescente todavía, y cuentan que en una ocasión en la que mi abuelo iba a hacerle la visita de novio a la casa, mi abuela jugaba con unas tabas, una especie de jackes, y él las cogió todas y molesto las tiró al tejado de la casa. Parece que tenía el carácter un poco intolerante.

Había otro cuento también muy divertido y que hablaba del carácter de mi abuelo. Cuando eran novios, mi abuela Visitación participaba en una obra de teatro que preparaban los jóvenes del pueblo. Estaban ensayando y a ella en el centro del escenario le tocaba decir: "-Está llegando el vinagrillo de Fermín", pues era una parte de la obra o sainete.

Da la casualidad que su novio -que se llamaba Fermín- entró en ese momento por la parte de la sillería de la sala, pues como dije era carpintero y estaba reparando o haciendo las sillas o butacas de los espectadores y entró a ver algo con otras personas, y como eso de "vinagrillo" le iba a él perfectamente ya que su carácter tenía algo de ese líquido, ocasionó muchas risas entre los muchachos que ensayaban y por supuesto también a mi abuela. A él no le hizo tanta gracia y por eso mismo la anécdota no terminó ahí sino que llegó hasta mi.

Visitación se murió relativamente joven. Lógicamente después de dar a luz once hijos, viviendo en un pequeño pueblo, la salud no debía ser lo que más se atendía y me cuentan que murió del corazón, pero ese diagnóstico es muy simple para alguien que ha parido y atendido once hijos uno detrás de otro.

Mi mamá tenía unos doce o catorce años cuando se quedó huérfana y su hermano mayor que estaba casado y vivía en la ciudad y además no tenía hijos, se la llevó para que viviera con ellos. Pensaba en este hermano que ayudaba a su padre a seguir educando a su hermana pequeña, todavía una niña...

Primera y segunda operación

A mi madre la operaron al día siguiente de mi llegada y estuvimos atendiéndola sus dos hijas y pasando su primera noche. Cuando la trajeron y ella se despertó nos dijo con cierta alegría: "-Tengo el seno, no sé porque me lo dejaron", pero no sé yo bien qué ocurrió, por qué dudaron, pero después de unos días de descanso, y en la misma habitación le programaron una segunda operación donde sí la mutilaron por completo, le cercenaron el seno incluyendo los ganglios. Se recuperó bastante bien aunque tardó un poco, yo me

quedé en la ciudad hasta que se sintió perfectamente, no tuvo quimioterapia sino un tratamiento diferente que no le daba ningún malestar. Los médicos decían que tenía un buen diagnóstico y todo nos llenó de esperanzas pues mi mamá volvió a ser la misma, su mismo carácter, a disfrutar de la visita de sus nietos, que eran diez, y volvió a tener su alegría natural.

Cuando se hacía sus chequeos salía todo bien y en esos momentos mis padres cumplieron cincuenta años de casados y mi hermana les preparó una fiesta donde se buscaron a todas sus amistades y sus familiares para celebrar la vida, pues mi hermana dijo que teníamos mucho que celebrar. Y pasamos un día precioso en La Espiga, la casa de mis hermanos, celebrando todas las personas que los queríamos y veíamos tan contentos su recuperación.

Amparo en la Ciudad. Teruel

Así mi mamá se fue a vivir con su hermano Evaristo, casado con una chica de Teruel llamada María. No tenían hijos y económicamente estaban bien, él tenía un buen trabajo, era el representante de las máquinas de coser Singer, en ese momento algo tecnológicamente moderno y de buenas ventas, por lo que significaba sentirse socialmente aceptado en la clase que ellos se desenvolvían. Podían permitirse tener a una niña en la casa. Y ella nunca se quejó de irse de su pueblo, aunque muchas veces se acordaba de sus hermanos y de su madre desaparecida y en su conciencia de niña le quedó siempre la idea de que su mamá era muy buena y era hermosa. Y así vi yo siempre en mi imaginación a mi abuela, a la que nunca llegué a conocer, pero que a través de mi madre presentí que hubiera sido una abuela maravillosa.

A Amparo siempre le gustó coser, desde niña lo hacía y le encantaba aquello en lo que trabajaba el hermano. Se llevó bien con su cuñada y

muy querida por los dos, aunque siempre nos insistía que la sombra de su mamá la perseguía y a pesar del buen trato de ellos, siempre la echaba de menos.

Debieron de existir muchas partes buenas en esta relación, pues en mi ideario siempre quedó María como la abuela que nunca tuve y la quise como tal hasta que murió cuando yo tenía seis años. Ella fue lo más cercano a una abuela, pues yo nunca tuve la suerte de tener una abuela, ni por mi padre ni por mi madre.

En una oportunidad, a mi mamá se le ocurrió la idea de hacerse un vestido, era muy niña, adolescente quizás y lo hizo con unas cortinas de la casa, que debió de encontrar dobladas por algún lugar y como eran grandes lo vio fácil, las cortó y cosió con gusto y ganas y además se sintió muy orgullosa de su hazaña. Pero a su cuñada María no le hizo tanta gracia y se molestó y le reclamó, No la castigaron, pues su hermano llegó a salvarla, vio que había hecho algo más bien asombroso, estaba bien, así que aconsejó a su mujer: "-Cómprale tela a Amparo para que no vuelva a usar tus cortinas, tiene creatividad y hay que estimularla" . Según contó mi mamá ahí quedó todo y María no la castigó.

"Yo era tan feliz"

Viviendo nosotros José Antonio, Milagros, Tomás y yo en El Cristo, no teníamos muchas maneras de comunicarnos con mis padres y con Aliana y Sonia, pues allí no llegaba señal de celulares ni había teléfono fijo. Teníamos acordado que todos los jueves desde Ciudad Piar, que quedaba a una hora de distancia más o menos, les hacíamos una llamada de teléfono en la tarde a una determinada hora y entonces hablábamos largo los cuatro con las muchachas y con mis padres, pues si no estaban todos, siempre había alguien

esperando la llamada y contarnos cómo estaban ellos y por nuestro lado contar de nosotros. En fin, noticias de ambos lados. También teníamos como emergencia, una llamada de radio. En un hato cercano teníamos unos amigos que ante cualquier emergencia o noticia que ameritase nos avisaban por allí y Rainer el hijo de los dueños del hato venía a avisarnos o darnos aquel recado que lo justificaba.

Un día a la hora de almuerzo ya en el año 1986 llegó Rainer y él que era un muchacho muy alegre y cariñoso. Lo noté serio, y me dijo: " -Las muchachas se han comunicado por radio, que las llamen esta tarde". Fuimos a Ciudad Piar he hicimos con susto la llamada. Efectivamente, mi mamá había tenido un problema, había sufrido un accidente cerebro vascular, un ACV. Estaba hospitalizada.

Organicé mi viaje para estar en Caracas en esos momentos y llegué directamente a verla hospitalizada. Estaba mejor, aunque tenía un brazo y una pierna algo paralizados y le costaba hablar, las palabras las decía distintas a como su cerebro las ordenaba, y eso le causaba consternación. Así salimos del Clínico y comenzamos su terapia motora de brazo y pierna y la del habla.

El oncólogo nos dijo que el ACV había sido medicamentoso, ella había tomado un tratamiento para el cáncer casi por dos años, según el doctor ya se lo iban a retirar pues recomendaban tomarlo máximo por dos años, precisamente por este peligro. Así que le quitó el medicamento y nos volcamos a su recuperación del ACV. Yo entendí en aquel tiempo que estuve con ella que ese accidente es delicado y muy traumático, por algún problema neurológico tenía una gran depresión y mi mamá parecía otra, aun no teniendo dolor y viendo que se iba recuperando, una parte seguía enferma y con una tristeza infinita. Ella me lo transmitía así: "-Es como si estuviera cayendo desde un balcón y nunca puedo llegar al suelo" y también: "-Es como si fuera por un túnel negro y nunca logro llegar a la salida". Y

contaba el tiempo y solo deseaba que eso que le sucedía terminara de una vez.

Y paseábamos y yo trataba de entretenerla y hacerle esa vida que se le había vuelto difícil, más llevadera conmigo a su lado sabiendo que me tenía allí incondicional.

Mientras tanto ya nosotros habíamos decidido nuestro regreso a la ciudad, yo hice un viaje corto al Cristo, preparamos la mudanza y se graduó Milagros de bachiller dentro de esta tristeza que no nos permitía ser felices, pues no teníamos costumbre de ver a la yaya en estas condiciones. Era como un pilar que se nos derrumbaba.

Ella no podía creer lo que le estaba sucediendo, "-Yo era tan feliz" decía con frecuencia.

Yo regresé a la ciudad y José Antonio se ocupó de terminar de cerrar nuestra casa.

Amparo en Valencia y Zaragoza

Evaristo y María -hermano y cuñada de mi mamá- tuvieron cambios dentro del lugar de trabajo y se fueron para otra parte de España, a Valencia. Entonces mi mamá era ya una joven que pasaba su tiempo entre la casa, los amigos y algún curso de costura, lo que siempre fue su pasión.

Al pueblo donde había nacido iba de vez en cuando para compartir con su padre y sus hermanos, aunque ya iban quedando menos en el hogar pues se estaban casando y alguno seguía viviendo en el mismo pueblo, mientras otros iban saliendo buscando la modernidad de la ciudad. En esa época, ella nos contaba que hizo más amistad con su padre, y Fermín

lo agradecía, pero ella hacia algo que él nunca les había tolerado a los más mayores y era que le llevaran la contraria. Amparo más formada por hacer vida en la ciudad, se daba esa licencia. Y él medio rabioso como siempre había sido decía: "-No le aconsejo a nadie que permita que sus hijos se vayan de la casa, cuando regresan llegan todos altaneros y alzados", pero en el fondo se daba cuenta que era con la que más conversaba, pues era con la hija que podía tener una conversación más sincera.

Y ella llegó un momento que tuvo un novio. Y otro momento que murió su hermano y esa casa donde vivían los tres se acabó, y se regresó un tiempo con su padre y una día una tía, Francisca -hermana de su madre Visitación-, la invitó a pasar unas vacaciones en Montañana, Zaragoza, donde yo nací.

Francisca y Jorge, -mis abuelos por parte de padre-, tenían diez hijos, ocho varones y dos hembras, contemporáneos de mi mamá, unos más que otros, ignoro si se conocían con anterioridad, quizás se habían visto en algún momento siendo más niños, pero sucedió algo imprevisible y que no iba dentro de la moral y las buenas costumbres. Cupido se metió de por medio e hizo que se enamoraran Amparo y Tomás -hijo de Francisca, la hermana de Visitación-, por lo tanto Amparo y Tomás eran primos hermanos.

Y resultó que él tenía novia en Montañana y ella tenía novio en Valencia y la familia lo veía todo como pecaminoso y fuera de lo normal, pero ellos salieron victoriosos de sus respectivas rupturas y mi mamá regresó al pueblo.

Ella estaba desorientada, María su cuñada y madre en custodia por años, estaba también perdida y regresó a su pueblo, llorando su viudez. Y Amparo necesitaba tener algún dinero para mantenerse, pero no tenía experiencia de trabajo al haberse criado con su hermano con bastante acomodo. Entonces por primera vez se puso a trabajar en Zaragoza en

una casa de familia y trabajó como un año ocupándose de la limpieza y cuidado en casa de un médico que tenía su esposa y una hija quinceañera. Ella siempre recordó este trabajo de doméstica como una excelente experiencia, tuvo mucha suerte en realidad, la querían pues se daban cuenta que se ganaba el respeto porque era responsable, buena persona y educada y acompañaba a la adolescente cuando no podían hacerlo sus padres. Hicieron una larga amistad, después que mi mamá se casó, este doctor nos visitaba a mi hermana y a mi cuando estábamos enfermas y recuerdo la tristeza de mi madre cuando él murió.

Total que ganó cupido y a pesar del malestar de muchos familiares de ambos lados que les parecía una verdadera infamia este casamiento -y algunos por largo tiempo les negaron la palabra-, ellos lograron lo que querían y se casaron y como en los cuentos, tuvieron dos hijas que somos mi hermana Estrella la primera y cuatro años más tarde, yo, Alicia.

Cuidando a mi madre

Empezamos una vida de regreso a la ciudad como no nos habíamos imaginado. Milagros comenzaba su vida de universitaria, yo dedicada todo el tiempo a mi madre e instalada en su casa día y noche. José Antonio atendiendo otra emergencia, pues a su madre la operaban del corazón en España y él viajaba para estar en esa operación tan delicada y atenderla, hasta dejarla de regreso en Canarias. Fue tiempo de entrega a nuestras madres y Dios es testigo de que lo hicimos con gusto y deseos, ambos totalmente entregados a esta causa que nos había llegado por sorpresa.

Yo vivía con mis padres, Aliana y Sonia estaban pendientes de Milagros y Tomás. Aliana hizo repetir a Tomás el sexto grado pues así se iba con ella a clase y él estaba a su lado todo el tiempo y además como venía de una escuela campesina se ponía un poco más

diestro para empezar el año siguiente su bachillerato. Aliana trabajaba de maestra y estudiaba Comunicación en la UCV.

A la hora de almuerzo nos reuníamos todos en casa de los yayos y teníamos nuestro momento de encuentro familiar. La ciudad nos tenía juntos y vivíamos limitaciones para nuestra vida de grupo, pero fue algo tan normal que más allá de la tristeza que la enfermedad de nuestras madres nos producía, lo hacíamos bastante bien.

Me dediqué a su cuidado, llevarla a las terapias, salir a dar paseítos, atenderla en la noche cuando se levantaba para beber agua o ir al baño, sencillamente estar juntas y un día de pronto estábamos en una tienda viendo algo en una vitrina, y ella me dijo con una sonrisa: "-Estoy mejor, me está interesando de nuevo la vida y las cosas", para mi fue algo de lo mejor que he escuchado en mi vida.

El verla deprimida a ella que siempre fue de acción y de ganas por todo, me entristecía mucho. Así que pronto todo se puso festivo, ella comenzó a atender su casa, yo pude regresar a la mía en las noches y hacerle visitas y todos creímos que la felicidad había llegado otra vez a nuestras vidas.

Y pasamos un tiempo en los que mis encuentros eran para pasear, comer heladitos en centros comerciales, sentadas en un banco, ir al cine y hablar de las alegrías de los nietos. También llevarla a otras citas médicas, como el oculista y el dentista.

En realidad este tiempo no fue muy largo, no tanto como yo hubiera querido, un día en el cine la noté inquieta y me di cuenta que le dolía algo, me habló a la salida de la espalda, bueno eso es común en las personas mayores, pero ella me hablaba de un dolor extraño como en los huesos y fue en aumento y me la llevé a casa, a pasar unos días y comprobar y en la noche se levantaba y no podía dormir por ese dolor. Yo comencé a asustarme y un día fui a hablar con su oncólogo y le expliqué y él me decía que ese exámen el gammagrama

óseo se hacía después de seis meses y ella había estado bien al hacerse el último. Yo le daba calmantes, después el dolor aparecía de nuevo y aumentaba con los días y ni mi cuñado ni el doctor me hacían caso, me veían muy nerviosa y esperaban tiempos prudenciales para ver que todo pasaba, pero no era así y de pronto el oncólogo me hizo caso y le realizaron un nuevo estudio y el resultado lo buscó mi cuñado y de pronto recibí su llamada: "-Malas noticias Alicia, el cáncer ha regresado". Ahora se manifestaba en la parte ósea y la sangre lo había llevado a varias partes de los huesos.

Recuerdo ese día con mi madre en la casa y yo no podía ni llorar, no quería que ella lo viera, mi dolor era insoportable y no sabía cómo esconderlo. Y en la noche cuando las muchachas se fueron a una reunión de jóvenes yo me metí en la cama y lloré en silencio desesperadamente, por ella, por nosotros que la íbamos a perder, y porque me daba cuenta que habían llegado tiempos de sufrimiento, de dolor y de muerte y no sabía cómo vivirlo de la mejor manera que nos sirviera a toda la familia y que supiéramos acompañarla y darle fuerzas y tenerlas nosotros sin caernos

Al suspender el tratamiento mientras superaba el ACV y sus secuelas, el cáncer se había manifestado de tal forma que ya era imposible eliminarlo. "-Lo siento" dijo el médico y le dio un tratamiento para eliminar el dolor que ya era insoportable.

Le hizo efecto y superó el dolor y desde entonces tuvo un pequeño tiempo donde su vida se hizo más llevadera y tranquila.

Casamiento de Tomás y Amparo

Se casaron y vivieron unos años en Montañana, y allí nacimos nosotras, Estrella y Alicia. Pero a mi mamá no le gustaba mucho vivir en un lugar pequeño como Montañana pues ya se había acostumbrado a la ciudad desde que se fue a vivir con su hermano a la muerte de su madre.

Mi padre dejó su trabajo en la Montañanesa, una fábrica de papel que tiene Montañana desde hace muchísimos y allí trabajan por tradición siempre o casi siempre todos los habitantes de ese lugar, y se mudaron a Zaragoza.

En Zaragoza él buscó otras fuentes de trabajo, y estuvo en una teneduría de pieles y allí aprendió el manejo y negocio de este rubro. Se ocupó junto con otro socio de la compra y venta de pieles durante unos años. Mientras tanto Amparo se dedicaba de lleno a su preparación en la costura e hizo cursos de corte y confección que fueron muy fructuosos pues fue a lo que se dedicó toda la vida con mucha pasión.

Lo hizo excepcionalmente bien, un vestido salido de sus manos era una obra de arte, en creatividad, elaboración y buen gusto y pronto tuvo un pequeño taller donde trabajaba y enseñaba a las alumnas todo aquello que ella había aprendido y tenía clientas al mismo tiempo.

Hicieron algunos ahorros que luego invirtieron en un negocio, compraron el traspaso de una tienda de ultramarinos, así se llamaba en Zaragoza a una tienda que tenía una gran variedad de alimentos, desde embutidos, quesos, atún en conserva, refrescos, almendras, galletas chocolates, frutas y verduras y muchas otras cosas más.

Mis padres eran guapos, a mi mamá le gustaba arreglarse, ir bien peinada, pintada, bien vestida y no entendía aquello de que por casarse debía de cambiar su indumentaria, y volverse gris y descuidada, como era muy común. Mi papá era coqueto y le gustaba estar elegante, con

sombrero de fieltro en invierno que era sinónimo de elegancia, buen abrigo y bufanda al cuello cayéndole con distinción a los lados. Los dos se ocupaban de su mantenimiento y yo tenía costumbre de verlos así, cuando salían a la calle, y me parecía natural.

Un día en la escuela, mi mamá fue a una reunión, mis compañeros y yo la vimos desde la ventana del primer piso, y yo dije: "-Esa es mi mamá", y escuché una cantidad de elogios, "-Que guapa" "-Parece una estrella de cine" "-Lleva tacones, qué bonita" y desde ese día aprecié esto que quizás hasta entonces si bien me agradaba, no le había dado tanta importancia...

Así que de pronto nos volvimos los dueños de "la tienda nueva" como la llamaban los vecinos porque parece que no tenía sello de antigüedad como la mayoría de los negocios.

La enfermedad toma ventaja

Después que pasó un tiempo recuperándose conmigo, cuando ya se si sintió fuerte quiso volver a su casa y la complacimos, y yo comencé una rutina de ir todas las tardes hasta el anochecer.

Cocinaba algo para ellos al día siguiente o dejaba organizado que iban a comer, y luego salíamos como de costumbre a pasear por la zona de Chacao que era por donde ella vivía y le gustaba muchísimo.

Hay muchos comercios, una avenida ancha y bonita, tiene dos plazas cerca, Chacaito con muchos bancos. Si, el caminar paseando por allí estaba agradable y nos podíamos sentar cada ratito para descansar. Comíamos heladitos que a las dos nos gustaban y luego regresábamos a casa y jugábamos a las cartas los tres, pues nos acompañaba mi papá. Esos juegos para mi se volvieron importantes y significativos, sabía que era una oportunidad única, yo sentía que la

estaba despidiendo, y yo estaba ahí, con placer para acompañarlos y de manera entretenida. Lo tomé como un ritual pues lo pasaba bien y mi papá también se unía y del juego de cartas hacíamos un encuentro único con sabor a despedida larga. Y yo rezaba: "-Dios déjanos jugar mañana".

Yo siempre tuve por mi madre un amor infinito. Cuando niña sentía que ella nos quería tanto a mi hermana y a mi que parecía imposible que pudiera dar más.

Y me decía, eso es de todas las madres, la maternidad lo talla en el alma y por eso ella es desprendida, no le importa entregarse y dar más para algo que queríamos, ella se podía quedar en casa pero la diversión era primero para nosotras. Cuando teníamos una excursión y nos íbamos de campo con la familia, ella nos arreglaba, nos preparaba todo y nos mandaba con Elvira y Tomás -nuestros primos-, para que saliéramos pronto y el día fuese hermoso y largo para nosotras. Ella y mi papá se quedaban terminando o cerrando la tienda, pues también la atendían al mediodía los domingos, limpiando, en fin. Ellos llegaban mucho más tarde, pero nosotras no, nosotras debíamos pasarla todo lo mejor posible. Si se trataba de ir al cine igual, para ella lo importante era que nosotras fuéramos. O pasar la noche cosiendo un vestido para que lo luciéramos al día siguiente. Para mi eso fue algo corriente, pero tuve la gracia de verlo y notarlo siendo niña, y si ella lo hizo para que la quisiera más pues lo logró, siempre le tuve un amor enorme, sin medida.

Y ahora Dios me daba la oportunidad de cuidarla en su enfermedad y en su vejez y creo que no lo hice mal, porque mientras el dolor no era demasiado fuerte, lo pasamos bien y la disfruté en los últimos años de su vida y ella lo vivió también con alegría.

Por eso esos años de visitas médicas, paseos, juegos, comidas, cuidado de ambos, fueron de mucha riqueza para mi, Dios me dio esa oportunidad aun cuando me tocara llorar a escondidas muchas

veces. Recuerdo el regreso a mi casa en la noche yendo al metro y llorando por la calle en la oscuridad porque entonces ya era como que se cerraba el telón y podía permitirme el cambio de rostro. Yo vivía un ajetreado ir venir de su casa a la mía, pero era fuerte y lo hacía con ganas.

Paso algo también extraño, ella no quería saber de su enfermedad, yo me quedaba y hablaba con el médico, y a ella no le interesaba nada, nunca más se nombró la palabra cáncer, ella no lo quería saber, a pesar de que el primer diagnóstico lo recibió de forma tan valiente. Ella obviamente lo sabía, pero como estuvo de por medio el ACV parecía que lo había olvidado, no quería saber nada. Y la enfermedad implacable seguía su camino.

Vivir en Madrid

Después de unos pocos años, la tienda fue un fracaso. Ninguno de los dos había nacido para atender público. Mi mamá, entre ocuparse de la casa y el cuidado de nosotras pequeñas, sentía que todo el resto de su tiempo se le iba trabajando detrás del mostrador y terminaba agotadísima y sin gusto por lo que hacía, pues su pasión era coser.

Ella siempre aportó en la casa con su trabajo de costura, pero ahora se cansaba y tenía la sensación de que no aportaba nada pues la tienda no daba lo que debía de dar. Y se decía con cierta rabia: "-No nací para vender papas y cebollas" y no era tan cierto pues recuerdo que la tienda también tenía mercancía más fina.

Mi papá le dedicaba a la tienda toda la mañana y se ocupaba de proveerla de mercancía. Pero en la tarde se iba a jugar ajedrez que era su entretenimiento y su gusto.

Así que la tienda con tan poco entusiasmo de ambos no ganó con ellos sino que perdió clientes, y mi papá tenía lástima por vecinos y conocidos que no tenían el dinero, les daba mercancía a crédito y tenía una libreta llena de las deudas que le iban creciendo.

Un amigo les abrió la oportunidad de un empleo en Madrid y la posibilidad de irse de Zaragoza y ellos lo aceptaron y dieron la tienda en traspaso de nuevo, pero de lo que pagaron a lo que cobraron en ese momento, su capital había disminuido, y cerraron casa y se fueron los cuatro a vivir a casa de Elvira y Tomás a esperar el día de la partida.

Ese día nunca llegó, la persona que les había ofrecido la oportunidad de empleo, ignoro por qué, detuvo los movimientos y no dio respuestas y al fin entendieron que eso nunca iba a llegar y tenían que comenzar a resolverse la vida de alguna manera.

Deseosos de poner a trabajar el capital que les quedaba de la venta del traspaso de la tienda, tuvieron la feliz ocurrencia de abrir otro negocio y esta vez que no fuera de comestibles y productos perecederos sino que tuvieron la feliz idea de poner una cristalería, copas, vasos, bandejas, platos y todo productos que no se iban a perder. Seguramente no hicieron estudio de mercado, alquilaron un local, compraron la mercancía, la expusieron, estaba muy bonita la tienda, pero no se vendía nada y pasó el tiempo y había que pagar gastos como local, luz, impuestos en fin, que tenían el capital en platos, vasos y copas y demás objetos que les durarían para toda la vida. No habían entendido que no eran comerciantes y no sabían cómo se trabaja para que esto funcione. Y fue el segundo fracaso.

Entonces mi mamá comenzó a coser y mi papá se puso a buscar trabajo.

Tiempo en declive

El sábado en la mañana mi hermana se los llevaba al apartamento de la playa y el domingo en la noche los dejaba en casa o si no bajaban al litoral, lo pasaban en casa de ellos y vivían el fin de semana de una manera diferente. El lunes comenzaba mi turno.

Ya mi papá no podía ocuparse de buscar las medicinas porque también la edad lo estaba alcanzando. Y yo iba aceptando todo lo que fuera, pues no quería que se sintieran una carga o que me daba cansancio y fastidio su cuidado.

Una vez que quiso ir a una tienda concreta para comprarle un regalo a Aliana y estaba a una distancia razonable de la casa, tuvimos que pedir permiso para que se sentara en un lugar donde había una silla pues no podía seguir, y luego en otro sitio y de regreso en unos bancos a la entrada del metro y cuando al fin estuvimos en casa sentí que habíamos vivido una odisea y parecía que nunca íbamos a llegar y yo me prometí no volver a salir pues nos había dado más dolor, tristeza y cansancio que diversión.

En toda esta época el papel de José Antonio fue extraordinario, me ayudó en todo lo que pudo y sacaba en el carro a pasear a mi mamá para que tuviera una actividad diferente, a veces a las 5 o 6 de la tarde bajábamos al litoral a ver el mar en el atardecer desde el carro y regresábamos de noche. O salíamos y dábamos vueltas por la ciudad, salíamos para que se entretuviera y viera cosas diferentes

En una oportunidad que el doctor le mandó a hacer unas radiografías del tórax, cuando el médico me la enseñó, me dijo: "-Esos puntos brillantes son las metástasis", las costillas estaban llenas, parecía un árbol de navidad. Yo sabía que en cada consulta tenía un problema más. No tenía metástasis en otros órganos, sólo estos puntos brillantes iban apareciendo en diversas partes de los huesos.

Llegué a mi casa, me metí en un baño y estando sola lloré, grité, di alaridos, lo viví como si ya se me hubiera muerto, sentía mucha injusticia, me hacía la pregunta que todos los que viven estas situaciones se hacen en estos momentos "¿por qué a ella?" y al mismo tiempo me decía "¿y por qué no?". Era tanto lo que había llorado por dentro con lágrimas secas, que fue como un dique que se rompió y ya no volví a llorar así más, ni siquiera en su verdadera muerte.

Fue un tiempo que yo tenía como el alma en un hilo. En la mañana en mi casa hacía todo rápido para comer y a toda velocidad luego irme a la suya para seguir primero con juegos y luego fue cambiando a conversar y acompañarnos. Ella insistía en vivir en su casa, era como un reto el sentir que tenía su lugar, su sillón y que aun podía decidir y hacer.

Recuerdo una vez para Navidad que la dejé para ir a comprar los regalitos de ella para los nietos y yo le expliqué que me iba un rato y se puso a llorar bajito, y me dijo que eso era para ella la mayor diversión y ya no podía hacerlo, seguí mi cometido y ahora la que lloraba era yo.

En ese año Sonia se había ido a Italia a aprender sobre títeres, ella se fue en septiembre, y Milagros le escribió y le dijo "-Si quieres ver a la yaya viva ven ahora en diciembre, pasa las navidades aquí con nosotros". Ella presintió que la yaya se iba. Y Sonia así lo hizo, se vino y pasó todo el mes de diciembre. Mi mamá se alegró muchísimo, pues ella estaba pendiente de su correspondencia y de las fotos que nos enviaba y siempre quería saber cómo le iba. Ellas fueron una abuela y nieta muy compenetradas y Sonia supo aprender de ella cosas que le han servido toda la vida.

Y en Diciembre tuvimos nuestro encuentro familiar en Los Castores y pasamos unos bonitos días, lamentablemente a mi mamá le dio una gripe y no se sintió tan bien y en el fin de Año no subieron

porque la gripe seguía y era mejor no salir de casa. Como ya hacía años que no venían Tomás y Elvira a las celebraciones, decidieron pasarla los cuatro juntos, mis padres y ellos, y el plan era que nosotros subiríamos con los muchachos a casa de Estrella a recibir el año y el día primero bajaríamos y la pasaríamos en Caracas todos juntos. Cuando el día primero de año bajamos todos la encontré triste, nunca supe si fue porque no se sentía bien o porque no había podido subir con toda la familia, para ella estas fiestas eran lo máximo y me doy más cuenta ahora que ya estoy para cumplir los ochenta años que me pasa lo mismo. Ella presentía que ese sería su último final de año y le dolió mucho perderse.

Mudanza en Zaragoza

Viendo que lo de Madrid no cuajaba siguieron la vida, consiguieron un piso en Zaragoza y al fijarse en cómo era la vivienda, se notaba que habíamos bajado un poco de status pero seguimos siendo felices, o por lo menos así lo viví yo, mi familia era lo mejor y las dificultades económicas si bien a mis padres les debieron de preocupar, a mi no afectaron lo más mínimo.

Terminé mi primaria, hice unos inicios de estudios de contabilidad que abandoné sin terminar porque no me gustaba nada.

Estaba en la casa, ayudaba a mi mamá en la costura, asistía a una escuela de declamación y salía con los amigos que ya empezaba a frecuentar.

Hice unos intentos de trabajar, fuí a un anuncio que ofrecían de ayudante de peluquería y a mi me fascinaba, yo hubiera sido buena en eso, pero no lo conseguí. En diciembre entré en una tienda por departamentos, aquí sí que lo logré, claro, era por dos meses, pero me

sentí feliz. El primer día fue un poco extraño, era una tienda en la que regalaban a los niños globos un día a la semana, y yo comencé ese día y me llevaron a un cuarto, un poco triste y con una bombona de oxígeno y una caja grande de globos vacíos tenía que llenar uno a uno y ponerles una cuerquita y soltarlos, todos subían al techo, y de pronto venía un muchacho y se llevaba toda la producción que yo había logrado hacer y así pasé el día, me sentí triste, pues me perdía el brillo de la tienda vestida de Navidad, la alegría de la música y ver a la gente. Al día siguiente todo cambió, no me tocó más lo de los globos y me pusieron en un departamento de cuentos, lápices de colores, témperas, y cosas de las que me encantaban y el trabajo se convirtió en un juego y me divertí mucho y además llevaba dinero a la casa y esto me llenaba de orgullo. Tanto me gustó que intenté quedarme como dependienta fija, pero eso no lo logré, la vida me tenía reservadas otras cosas.

Mi madre enseguida tuvo clientas y tenía ocupación, ella era demasiado buena. Mi papá consiguió un trabajo en una azucarera y no le iba mal si no hubiera tenido que viajar tanto y no poder venir todos los días a casa, pues era en un pueblo a una distancia considerable de la ciudad y sus visitas no eran muy frecuentes.

Y así pasamos un tiempo cada uno de la familia en sus actividades y viviendo en aquella ciudad Zaragoza, muy bella por cierto, donde todos menos mi madre, habíamos nacido.

Y comenzó el final

Sonia regresó a Italia, mi mamá no se recuperaba con facilidad, y nos la llevamos a casa ya sin su permiso y vivimos todos juntos, menos mi papá, que pasaba el día con nosotros pero en la tarde le gustaba mucho irse a pasear a Sabana Grande y luego iba a dormir a

su apartamento. El siempre fue muy independiente y además decía que el paseo lo hacía olvidar por momentos la situación de su esposa enferma.

Ya no salíamos de casa, sólo a veces a la puerta del edificio a recibir sol y ver la calle.

En dos oportunidades se rompió la clavícula pues estaba muy frágil por las metástasis, e íbamos a la clínica para que la radiaran. Y Sergio su nieto se ocupó de llevarla y traerla en bastantes ocasiones. Mi madre era una buena enferma, colaboraba e intentaba mejorarse, veíamos televisión ella y yo, teníamos una novela todas las noches que la esperábamos con gusto y la disfrutaba. También un programa divertido que pasaban todas las tardes, era El chavo del ocho y esperábamos con gusto la hora para verlo. Luego veíamos otras cosas, pero yo trataba de hacer algún ritual que siempre ayudan en estos momentos.

En este tiempo vivimos algunas cosas un poco duras, ya se había ido Sonia que moría por su abuela y yo estoy segura que la hubiera acompañado mucho, Sergio nieto también se había ido, Aliana estaba en los comienzos de su trabajo y recién casada y no tenían mucho tiempo para venir a la casa, y Milagros vivía con nosotros y acompañaba a su abuela a menudo, los otros nietos venían muy poco, claro que vivían un poco lejos, pero no la visitaban. Ella que fue una abuela especial, que amó a todos los nietos con locura, careció de esta alegría, pero jamás se quejó, al menos nunca dijo nada. En una oportunidad fue Sofía a verla y a cuidarla para que yo fuera al teatro, había un festival y ponían una obra que yo quería ver y se lo agradecí mucho. Otra vez fue Fabiola a verla, ya eran días muy cercanos a su muerte, en casa ya teníamos una cama de hospital, y recuerdo que Fabiola se acostó con ella en la cama e imagino que mi mamá debió de sentirse muy bien, teniendo a una nieta tan cerquita, pues la yaya siempre adoró a todos sus nietos sin distinción. Ese mismo año

Sergio su nieto también se fue a vivir a USA. Ya de los diez nietos quedaban ocho en Venezuela.

Pero por una u otra causa las visitas no fueron frecuentes y los días se iban poniendo cada vez más duros, aunque ella como paciente fue exageradamente buena, se quejaba muy poco, y cuando yo la arreglaba para ir a un médico o algo por el estilo, me decía con ironía que yo tenía una muñeca vieja, como si yo estuviera jugando con ella. No se quejaba, pero yo sé porque la conocía mucho que se sentía como si ya no tuviera valor o fuera un objeto ya viejo e inservible, entonces yo sabía perfectamente lo que quería decir, pero solo lo entiendo de verdad en estos momentos de mi vida que hay veces en las que me siento exactamente igual.

Sergio y Estrella venían a verla y cuando se requería la presencia de un médico sabía que él estaría para valorar la emergencia, como cuando se fracturó la clavícula.

No recuerdo los días cansados, pero sí angustiosos y viviendo un "solo por hoy" y siempre pidiendo que no sufriera mucho. Se acercó mi cumpleaños y ella acostada en el sofá de la sala estuvo con las personas que venían a felicitarme y me acompañó cuando soplé las velitas de la torta, y yo contenta porque aun la tenía.

Se hallaba tranquila, por suerte no tenía dolor, la medicina fue milagrosa y nos favoreció toda esa parte tan triste de las personas que mueren a causa de este cáncer,

Estaba contenta a mi lado aunque cansada, ella me quería mucho y se sentía bien porque sabía que yo la amaba de la misma manera. Tuve la felicidad de acompañarla en esa travesía difícil y eso es algo del consuelo que siempre me ha compensado, aunque me doy cuenta que hay cosas en la vida que por fuerza las tenemos que hacer solos y eso fue especialmente lo que le pasó a ella, el sentir que en el último momento aunque estábamos allí, la dejábamos sola.

Viaje largo para bien

Y mientras vivimos en Zaragoza sucedieron cosas importantes. Unos amigos de la familia emigraron a Venezuela, esto no lo he contado nunca porque no me siento dueña de esta historia pero como ya ninguno de los protagonistas están vivos me voy a sentir libre de hacerlo.

Este matrimonio contemporáneo de mis padres, tenía dos hijas más o menos de la edad de nosotras. Él era un trabajador de un diario, con un cargo bien pagado y el periódico era el más importante de la Región; era un hombre inteligente y audaz, económicamente acomodado pues lo que hacía era muy bien pagado en esos momentos, linotipista, cargo desaparecido ahora por la manera electrónica en la que se elaboran los periódicos en este momento. Tenían casa propia, un chalet en las afueras de la ciudad, que podía ser la envidia de cualquier familia.

Con dos niñas bellas, una madre amorosa, un padre responsable y trabajador y con hogar propio. En aquellos momentos en un país en el cual había una dictadura y estaba la economía muy depauperada la situación de aquella familia era brillante, en una ciudad preciosa como es Zaragoza. Pues les dio la loquera de emigrar, todos los amigos sabían que él era aventurero, pero todos creían que se jugaba mucho, tenía demasiado como para venderlo casi regalado, la peseta estaba muy mal cotizada, y llegar a un país desconocido por pujante que pareciera, siempre era un riesgo. Así hizo: dejó trabajo, vendió chalet y en un tiempo prudencial estaban montados los cuatro en un barco, hacia tierras americanas, después de hacer las consabidas despedidas con amigos y familiares.

Cuentan lenguas anónimas que la esposa de este aventurero tenía una madre que vivía en una zona en las afueras de la ciudad donde

funcionaba un restaurante, pero que tenía habitaciones un poco camufladas por si las parejas querían “descansar” después del almuerzo o la cena y la abuela de estas niñas era la dueña de ese camuflado lupanar.

Este señor quiso poner agua de por medio, para separar a esas niñas que empezaban su adolescencia y que amaban a su abuela y él temía que ellas no entendieran el negocio que regentaba la abuela y efectivamente puso agua de por medio, pues el Océano Atlántico contiene una cantidad de agua bien grande. Para terminar este cuento, a esta familia le fue extraordinariamente bien en el país que habían elegido. Y pronto tuvieron una bonita casa en la barriada de San José y un buen trabajo para el padre de familia.

Bueno, pues este señor y su familia, amigos de mis padres y de mis primos, una vez que llegaron y vieron lo extraordinario del país donde habían emigrado, como se sentían contentos pero solos comenzaron una misión que era la de hacer propaganda para entusiasmar a los amigos para que se aventuraran a emigrar también y no fueron todos por supuesto, pero mis primos Tomás y Elvira a los dos años ya se habían ido también y luego dos años más tarde nosotros, mis padres, mi hermana y yo ya estábamos también todos viviendo en ese país feliz, próspero y moderno llamado Venezuela.

Carnaval y Semana Santa

En las vacaciones de carnaval y semana santa mi hermana me dio la llave de su apartamento de la playa y me dijo: "-Vete a descansar, yo me quedo en tu casa atendiendo a la mamá". y así lo hicimos José Antonio, Tomás y yo en estas dos pequeñas vacaciones, nos fuimos y

pasamos unos días en su apartamento cerca del mar sabiendo que mi mamá estaba bien cuidada.

Ya en abril se notaba que cada día en ella se iba apagando la vida, pero aun todavía un poco antes del día 15, que Tomás cumplía quince años, me dio un dinero y me dijo: "-Cómprale un regalito de mi parte". Era inconcebible que aun con todo lo mal que se debía de sentir, pensara en el nieto, manejara su monedero y estuviera pendiente de los cumpleaños de todos. Ya para esos días alquilamos una silla de ruedas con la excusa de poder moverla por la casa y tenerla cerca de donde yo estaba y que ella me viera a mi mientras cocinaba o arreglaba los cuartos. Luego tuvimos la necesidad de alquilar una cama de hospital para subirla y bajarla y descansar su espalda y ponerla ratos a descansar y hacerlo con más delicadeza y no hacerle daño acomodándola.

Pero ella al ir viendo que traíamos esos objetos a la casa no los veía como algo positivo sino al contrario, no le gustaban y no le interesaba la silla que le facilitaba no estar tanto rato sentada en un sillón en el recibo. Le hablaban de despedida y ella no estaba dispuesta a ceder, quería que su vida continuara y empezó a manifestar molestia, "¿por qué ella?". Comenzó a ponerse rebelde, no conmigo, sino con aquel Ser Superior que la estaba llevando a la muerte cuando ella no estaba dispuesta a irse.

Un día ante mi congoja de no poder cambiar el destino y no poder darle lo que ella quería que era vida, le hablé con cariño de mis cincuenta años que en ese momento me pesaban mucho y que también con seguridad yo iba a acompañarla pronto y estaría de nuevo en su compañía, ella me contestó que eso no le interesaba que "quería estar aquí y ahora" y yo no sabía cómo consolarla. Es sumamente angustiante ver a una persona que amas en esa situación y no poder hacer nada.

En otra ocasión me dijo un poco retadora: "-Cuando alguien se enferma así la hospitalizan" y yo me quedé de repente sin respuesta, pues ella estaba dudando de mi cuidado. Le contesté que nosotros teníamos un médico en la familia y él nos decía cuándo hacía falta la hospitalización. Pero entendí el mensaje, sentía que no hacíamos todo y que quizás al hospitalizarla podrían curarla, sabíamos tristemente que no había nada que hacer sino esperar lo peor.

Mi papá a veces se sentaba a su lado, y en un momento que vi que ella le hacía una queja, él le contestó muy inacertadamente: "-Yo no tengo culpa de tener salud, creo que estas envidiosa". Me pareció sumamente duro y me dolió, pero para mi era difícil hacerle un reclamo a él. Ellos a pesar del amor de película en que vivieron su enamoramiento y su pelea con el mundo, con el paso de los años no supieron crecer mucho en el amor, tuvieron muchos momentos de desencuentros, aun cuando no se les ocurrió nunca el separarse. Podían convivir sin enfrentamientos y atendiéndose el uno al otro. Creo que viviendo todo por nosotras, porque eso los unió, tanto mi hermana como yo sabíamos que a los dos nos quisieron siempre muchísimo. Pero él era evasivo, no quería dormir en mi casa, se levantaba temprano en la suya, desayunaba y venía para la mía, pasaba el día con nosotros y con su esposa y al atardecer se iba a dormir a su apartamento, aunque primero se iba a pasear por Sabana Grande. Yo siempre pensé que era una evasión, desde que salía en la tarde hasta el día siguiente creo que olvidaba el ambiente de quebranto que vivíamos todos en la casa.

Ella tuvo un tiempo de rebeldía, en la que se negaba a seguir el proceso de su muerte y estaba enfadada con los dioses por llevársela cuando ella quería quedarse. Era muy extraña la situación y yo me sentía tan opacada por todo lo que llevaba tiempo viviendo, tan fuera de la vida normal que si hubiera sido posible, no me hubiera importando hacer un cambio e irme yo en lugar de ella.

Vida feliz en el nuevo país

La familia vivió desde su llegada al nuevo país con alegría, no los decepcionó de todo lo que buscaban en él, quizás a nosotras nos costó un poco más la adaptación pero fue muy pronto cuando ya vivíamos felices y nos sentíamos venezolanas.

Mi madre disfrutaba muchísimo pudiendo comprar telas a precios muy razonables, y nos hacía un vestido a cada una por cualquier causa, a ella esto la hacía sumamente feliz. Para ella era una gran diversión, igual que el ver que teníamos amigos, que íbamos a paseos, a fiestas, que estábamos contentas en nuestros trabajos y que nos había llegado el tiempo de la bonanza y como más lo disfrutaba era llenándonos a Estrella y a mi de lo que habíamos carecido en el último tiempo en Zaragoza.

A los pocos años de llegar, las dos tuvimos novio y en un mismo año nos casamos y nuestros padres vivieron toda esta parte con mucha emoción. Ellos pensaban que el haber emigrado era todo un acierto, y el vernos felices era su mayor compensación.

Como modista también le fue muy bien, era muy buena y en Caracas era apreciada. En poco tiempo su clientela llegó y creció y los vestidos que salían de sus manos eran obras de arte, hizo trajes largos, trajes de novia hermosísimos, podía poner en función toda su creatividad y recibía el halago de sus clientas y de las personas que veían sus trabajos.

Para ella fue un disfrute hacernos los vestidos de novia a nosotras y aunque fueron los dos matrimonios en el mismo año no se le ocurrió el hacer uno que nos sirviera a las dos con algún arreglo, sino que quiso que cada una decidiéramos cómo lo queríamos y junto con su ayuda cada vestido tuviera el sello particular, no le importó ni gasto ni trabajo.

La llegada de los nietos para mis padres fue lo máximo, su etapa de abuelos la vivieron con intensidad y a Venezuela le agradecían infinitamente todo lo que les había dado, estabilidad económica, dos hijos nuevos que fueron nuestros esposos, a los que quisieron mucho, y los nietos que ambas pusimos en sus brazos los consideraban la mayor riqueza del mundo.

Ella vivió cada nieto como si fuera único, entendía y comprendía a cada uno e intentaba que estuvieran en vacaciones viviendo en su casa de uno en uno, pasando unos días, así lo complacía y le cocinaba lo que quería, salía a pasear con el que fuera y dentro de sus posibilidades lo mimaba. Cuando iban a la playa se llevaban a uno o dos (para que no se aburrieran) y la próxima vez les tocaba a otros.

Con Sonia desde niña hacía trabajos, cosía y como se daba cuenta de que Sonia lo disfrutaba, pues le enseñaba los secretos de la costura y las posibilidades de la aguja y el hilo.

En carnavales les hacía los disfraces, en una oportunidad vistió a Aliana, Sofia, Milagros, Sergio y Juan Francisco de gitanos con vestidos de volantes y lunares y a los varones con pantalones negros y chaquetillas también de lunares. Parecían una comparsa. Luego hacerles las fotos terminaba de completar el disfrute.

También los logros de verlos ya bachilleres y universitarios a los que pudo ver, la hicieron feliz, definitivamente ella amaba mucho a sus nietos,

Sólo vivió la boda de Aliana y Miguel y aunque ya estaba enferma asistió a la fiesta familiar.

Las reuniones familiares eran algo muy importante, para ella eran las mejores fiestas aquellas donde todos estuviéramos juntos y cocinar para una primera comunión, un cumpleaños o una navidad no era un trabajo, era un placer.

Y así fue todo hasta que Sonia cuando cumplía 19 años fue a visitarnos al Cristo de la Paragua y nos trajo "una mala noticia".

Habían transcurrido veintiocho años de felicidad y comenzaba una dura etapa, eran momentos del encuentro con el dolor, la enfermedad y la muerte, ya que habíamos consumido un buen tiempo de bonanza, felicidad y alegría.

Muerte y agonía

Y mi madre cambió de repente, aunque a regañadientes aceptó lo que le tocaba, que esa era su suerte y a pesar de lo feliz que se había sentido en un momento, tenía que irse, le daba miedo y estaba asustada.

Le propusimos buscar a un sacerdote si ella lo quería, nos dijo rotundamente que no, que si Dios la amaba que fuera así tal cual era y siempre había sido, como es lógico aceptamos su voluntad esperando, no sin miedo, lo que seguía. Entonces se preocupó por Sonia y dijo: "¿Le han avisado, sabe Sonia lo que me pasa?".

Yo estaba con mi padre sentada alrededor de la cama y mi mamá le dijo a mi papá de repente, "perdóname Tomás" y él la perdonó y yo en aquel pequeño diálogo comprendí que esa solicitud de perdón era por toda la vida, por los momentos que habían tenido desencuentros en que ella sintiera alguna culpa o quizás veía que por ella no habían crecido más en el amor.

Un día quiso un refresco que le gustaba y cuando íbamos José Antonio y yo a buscarlo, yo me rompí en llanto en el carro y él me habló diciéndome que nos había llegado "el tiempo de morir" del que hablaba la Biblia y que no había que desecharlo porque fuera triste, había que vivirlo bien y con la misma intensidad que se vivía la

felicidad, corríamos el peligro de oscurecerlo por negarnos a verlo y la muerte era tan vida como la vida misma. Nunca olvidé ese consuelo tan justo, si vivir es una experiencia, la muerte también lo era y había que darle la dignidad que merecía.

De pronto se impacientó, si ya había decidido aceptar la muerte ¿qué pasaba que no llegaba?. Mi madre querida quería que todo sucediera de una vez, ella ya había dado el permiso.

Mi hermana tomó vacaciones y nos instalamos todos en mi casa, viviendo juntos sus últimos días.

En un momento que la miraba en su cuarto acostada, no se que vió en mí que dijo como a manera de reproche: "¡Con lo que yo te he querido!". Me sentí triste y avergonzada y me quedó esa frase muy grabada, yo que creía haberlo dado todo no se lo había transmitido. Tanto había escondido mis lágrimas que quizás debía de haber llorado en su regazo, pues eran momentos de enseñarnos tal cual somos y no supe hacerlo... eso lo pensé después de su ida. Yo que tenía cincuenta años, era la primera vez que me acercaba a la muerte, nunca había tenido la experiencia de que una persona así de amada se me hubiera ido. Estaba tan asustada como ella.

Cuando mi hermana y yo le estábamos cambiando de pañal, pues ya no podía caminar ni ir al baño, ella dijo como hablándose para sí "¡Qué vergüenza!", me impresionó escucharla pues hubiera querido ser responsable de sus actos hasta el final. De la misma forma que quiso presentarse ante Dios "así tal cual era" y el mismo hecho de querer revelarse ante su destino, hablaban de su temple y de su personalidad. No solo la amé, siempre la admiré en su manera de ser. Y di gracias a Dios por haber nacido de ella, carne de su carne.

Mi hermana demostrando que quería acompañarla le dijo: "Tomé vacaciones, me voy a pasar aquí quince días contigo" y ella casi se enojó: "-¿Todavía quince días aún, así tanto tiempo?" pues creía que

podíamos decidir cuándo era y los dioses eran injustos de no acatar la decisión que ya había tomado: quería que sucediera de una vez.

Todo esto era dentro de sus últimos días, y tenía un quejido continuo que tomamos por un sufrimiento y Sergio la medicó para que tuviera un descanso y entró en una especie de estado de coma.

Y una noche dormíamos en su cuarto Estrella y Sergio y otro José Antonio y yo.

Pero fueron muy pocos días. Una madrugada cuando Sergio le estaba poniendo los medicamentos intravenosos de cuidados intensivos, alzando la voz nos llamó diciendo: "-Amparo acaba de fallecer" y se cumplió su voluntad, era el día 4 de mayo del año 1990.

Orfandad

Todo lo ocurrido a continuación fue muy extraño, yo tenía una especie de paz porque su sufrimiento y el mío habían terminado.

En la funeraria recibí a sus amistades y amigos con dolor pero con cierto agrado, sentí en verdad la calidez de las personas queridas que venían a acompañarme en un momento tan duro y se sentaban a mi lado y tomaban mis manos o me abrazaban para que me sintiera menos sola y esto para mi también fue un descubrimiento, pues en verdad cuando yo estaba del otro lado no lo había entendido. Yo creía que si iba a dar un pésame, molestaba o cansaba a la familia, y resulta que no fue así, agradecía infinitamente a cada persona que venía a acompañarme en mi pérdida.

Luego cuando todo pasó y nos regresamos a casa y devolvimos la cama, la silla, entregaba los medicamentos que me habían quedado para ayudar a otros que lo necesitaran, no sabía bien cómo eran mis sentimientos.

Por momentos sentía que yo que me había entregado a ese trabajo con toda mi alma y al final me había roto y el cansancio no me había permitido terminarlo como debía de ser.

Si estaba tranquila no sabía entender que era porque todo el dolor había terminado y me molestaba que eso superara la pérdida. Era como si no quisiera perdonarme nada, o como si necesitara cargar con todas las culpas de algo que no tenía otra solución sino la muerte como desenlace. Tenía que perdonarme mis faltas porque sentía que a ella, la mujer que había amado más en el mundo, la había dejado sola en ese momento y había sufrido sin mi y además me daba paz su marcha.

Me despertaba con un sueño en el que ella me pedía ayuda y yo no sabía dársela y no era un sueño, fue una realidad, pues eso era especialmente lo que me reclamaba a mi misma.

Y así a los dos meses me fui a Italia a ver a Sonia. José Antonio y Milagros me empujaron, ellos querían verme con alegría y sabían que era lo único que podía lograrlo.

Cuando el avión aterrizó y me entregué a los brazos de mi hija, sabíamos las dos que nuestras lágrimas internas eran de pérdida, hacía solo seis meses que nos habíamos visto, pero estaba de por medio un tiempo infinito e interminable donde estaba cosida toda nuestra tragedia familiar que era la muerte de la yaya, como la llamaban todos, y Sonia estaba hambrienta de saber detalles pequeños, cuándo, cómo, dónde había sucedido tal o cual cosa. Era como una necesidad de entender que sí, que todo había no solo sucedido, sino que también ya había pasado, así es el tiempo de cruel, y ella no había participado de algo tan importante como la muerte de una abuela que la había marcado para siempre. Fue un viaje en tren largo e interminable de una tarde, donde hablamos las dos hasta el cansancio, yo también tenía una necesidad de contarlo paso a paso

para sacarme del alma todo lo que estaba comprimido e inentendible. Llegamos extenuadas.

Y luego ella se ocupó de enseñarme una parte de ese país en el cual vivía, Italia, y de contarme sus aventuras de trabajo y de titiritera. También quería enseñarme tanta belleza antigua que allí había y que estaba segura que sabría disfrutarla.

Y vivía como si no tocara la tierra, lo vivía todo como un sueño, como si intentara tapar o cubrir la melancolía que llevaba en alguna parte de mi cuerpo. Y de repente un día cuando estaba en la plaza de San Pedro en Roma, rodeada de esas columnas majestuosas yo me preguntaba, "¿qué hago yo aquí?" , "¿cómo llegué?" y me contaba de nuevo cómo hacía solo apenas dos meses estaba despidiendo a mi madre, aquel ser que yo había amado con toda mi alma.

Y así fue transcurriendo el tiempo, hasta que un día luego de mi regreso a casa y a la cotidianidad, sentada al lado del teléfono, viendo que no tenía a quién llamar y contarle alguna minuciosidad y sentir que ya nadie me llamaba para saber cómo iba mi día, ni cómo me sentía, ni si había hecho esto o aquello, me sentí vacía, no sabía qué era lo que estaba percibiendo, y de pronto me di cuenta de qué era, me sentía huérfana, nadie nunca jamás se iba a preocupar por mi como ella lo había hecho. Estaba sintiendo totalmente mi orfandad. Me había quedado huérfana. Y era para el resto de mi vida.

Y aquí termino mi testimonio de una parte muy importante de mi vida, que la viví con intensidad y entrega, con desconocimiento, respeto y susto, caminé por lugares duros y desconocidos y sentí que en esos años me hice anciana de repente, pero no fue así, todavía me tocaron por vivir experiencias significativas y duré lo suficiente como para llegar a ser una anciana verdadera.